

El pesebre de piedad oculta que peregrina en el hombre

I
Isabel Pérez Montalbán viene de Córdoba —donde nació en 1964—, de Málaga —donde reside desde 1981—, y antes que eso, de lejos, de muy distantes lejanías australes. Del sur de todo (LOS GENES AUSTRALES, en *Los muertos nómadas*). Es una mujer que viene de lejos: las imágenes que en su poesía remiten al frío y al agua dan testimonio de ello, me parece.

Ella misma diagnostica: «La extensión de una herida exige/ siempre una lectura/ para la que no teníamos herramientas previas» (ESTACIÓN TERMINAL, en *Puente levadizo*). Así es. Nos encontramos con una llaga, nos encontramos consistiendo en herida, y no nos han sido dadas herramientas para interpretar esa condición lacerante.

A partir de aquí, nos lo jugaremos todo en la apuesta de la creación. Pero no cualquier forma de creación: sino la creación que deje atrás la muerte con un talonazo furioso, humilde creación que se niegue a causar daño al otro, cotidiana creación que posibilite vida —metaforizada tantas veces con la imagen del viaje en la poesía de Isabel.

El viaje es huida y al mismo tiempo es indagación, descubrimiento. La mayor parte de sus poemas son cartas desde la lejanía. Cartas escritas por el viajero, por la viajera: se trata de un género en el que esta poeta ha alcanzado verdadera excelencia.

2
La más grave falta es la carencia de imaginación: *yo podría ser el otro*. La segunda más grave, la falta de memoria: *yo fui el otro*. Las dos confluyen y de alguna forma se integran en la tercera de las faltas graves: la falta de atención, pues *je est un autre*.

De forma simétrica, la primera cualidad necesaria para vivir una vida humana —que por humana será ética y estéticamente satisfactoria— me parece precisamente la atención. Tras el desastrado Arthur Rimbaud, prestemos oído a Emily Dickinson:

«Yo soy Nadie; ¿quién eres tú?/ ¿Eres tú —Nadie —también?/ ¿Somos entonces un par?/ ¡No lo digas! Lo anunciarían// ¡Qué lúgubre —el ser —Alguien!/ ¡Qué público —como la rana—/ Decir el propio nombre —todo el santo junio—/ a un charco embelesado!»¹

«No somos nadie», suspirará el hombre o mujer del pueblo en circunstancias no precisamente gratas. La princesa Dickinson apunta el camino por el que ese *ser nadie* se convierte en una cualidad positiva. «Ese otro eras tú mismo...» (ME ACUERDO DE OLVIDARTE, en *Los muertos nómadas*).

Yo es Otro (reconocimiento de la alteridad que nos constituye); yo soy Nadie (y ello, en diálogo con un Tú). Los dos momentos de una suerte de camino ascendente que la poesía sitúa, sin énfasis, ante los pies de la ética.

Los anglosajones hablan del *self-made-man* (o *woman*), el hombre o la mujer «hechos a sí mismos», como si fueran algo insólito o fuera de lo común (y engañosamente lo vinculan con la competitiva «lucha por la vida» en la sociedad capitalista). Pero no hay manera de existir humanamente fuera de esa continua autoconstrucción y reconstrucción, nunca en aislamiento —no somos nada, literalmente nada, sin el vínculo social—, aunque sin herramientas previas.

Qué difícil esa reconstrucción, Isabel, algunas veces.

3

Hay en esta poesía mucho de defensa contra la herida, contra el asedio. Isabel Pérez Montalbán escribe a menudo en defensa propia —pero sin cometer nunca, me parece, el error del blindaje—. Y consigue hacernos compartir la angustia del viajero y la extensión de la herida.

No resulta difícil enumerar sus temas: la identidad de una mujer; la reconstrucción a pesar del dolor, del desamparo (o precisamente a partir del dolor, del desamparo); el amor, con la duda de si llegamos nunca a cruzar el puente levadizo; la insoportable injusticia, la gangrena del mundo; esos muertos nómadas que no pueden ser redimidos (igual que no cabe hacernos la ilusión de que nos salven a nosotros), pero a quienes podemos ofrecer un asidero temporal en medio de la travesía.

«He tenido vergüenza de estar sola», leemos en el desgarrador PUENTE ROMANO de *Los muertos nómadas*. Me parece que lograr dar nombre a esa vergüenza, sin truculencias y sin exhibicionismo, a pesar de lo doloroso que resulta, es muy importante: para Isabel y para quienes la leemos. Yo soy nadie, ¿quién eres tú?

4

Tuve la alegría de publicar *Cartas de amor de un comunista*, en la colección HOJA POR OJO que dirijo junto con José M.^a Parreño —gracias a su sabiduría poética y a la generosa complicidad de los editores de Germanía, desde su Alzira mediterránea—. Un libro que pasó diez años en la clandestinidad —no son estos tiempos fáciles para los insurgentes contra el nihilismo mercantil que nos congela— hasta poder llegar a la cita con sus lectores, en el año 2000.

La historia como naufragio: ésta es la imagen esencial de *Cartas de amor de un comunista*. ¿Y qué hace uno cuando naufraga? Buscar amparo, intentar arribar al puerto seguro. En las *Cartas*, ese puerto seguro es una mujer.

Un libro que tiene, claro está, una evidente lectura en clave política. Y otra, no menos evidente, en clave amorosa. Pero *Cartas de amor de un comunista* admite además otras lecturas, quizá más secretas: probablemente tiene mucho de diálogo con el padre. Hay un grado notable de identificación con la figura paterna, o con la ensoñación de la misma: aquel «soldado republicano» que aparece en otros poemas, y en las dedicatorias de los libros, y que aquí se ha convertido en este comunista náufrago.

Más de un autor o autora joven con apellidos similares al suyo, a la hora de asomarse al mundo de la publicación, seguramente hubiera acortado en un «Isabel Montalbán» más rotundo, con no sé qué fantasía de distinción. Ella no ha sentido ni la tentación de hacerlo, y eso resulta significativo: Isabel, la huérfana, la hija de Pérez. De aquel Pérez.

Recreación del padre: del padre combatiente, resistente y enamorado. Advirtamos que, si una crea a su propio padre, si una es madre de su propio padre como creo que Isabel lo es en este libro, de alguna forma se da también el ser a sí misma. (Todo poeta lo hace, en última instancia todo ser humano lo hace como observé antes, en ese proceso de autoconstrucción inevitable: pero aquí, en *Cartas de amor de un comunista*, hay algo más, algo más profundo y desvalido).

Manolo Rico ha escrito sobre esta obra: «Sobre tales telones de fondo {históricos}, crecen el sentimiento amoroso y la memoria, se conforma la conciencia crítica del mundo y el lenguaje alcanza una difícil intensidad. Un libro tan a contracorriente como imprescindible».

5

«No es cierto que nada se detenga con la muerte», cita Pérez Montalbán a Francisco Umbral al comienzo de *Los muertos nómadas*. Una frase que nos deja temblando entre dos enunciados contradictorios: esa doble negación nos mantiene en vilo entre el *todo se detiene con la muerte* y el *nada lo hace*. Pero a pesar de la lógica estos muertos peregrinan...

Un libro que se diría escrito para pagar una deuda íntima. ¿Pero estamos seguros de que todas las deudas admitan satisfacción?

6

«Las estaciones se repiten idénticas», leemos al pie de varios poemas de *Cartas de amor de un comunista*, en un ritornelo que puntúa la diferencia entre el tiempo humano de la historia y el cíclico tiempo de la naturaleza. Pues bien: las estaciones han dejado de repetirse idénticas. Con fenómenos como el cambio climático de origen antropogénico, la historia natural queda inscrita dentro de la historia humana (ojalá que bajo el signo de categorías humanas como responsabilidad, solidaridad o precaución, aunque nos cueste tanto creerlo...).

La lucha del combatiente comunista, náufrago en las playas de una feminidad acogedora, está lejos de haber concluido: se ha ampliado, por el contrario, hasta incluir elementos que antes parecían absolutamente ajenos al mundo del devenir humano. Estamos a comienzos del siglo XXI, y con casi todo por hacer.

7

«Porque la orfandad me ha perdido/ por los caminos, pieza a pieza,/ y lejos de ti sólo se aprende la nevada/ y el uso del revólver» (IDEOLOGÍA, en *Cartas de amor de un comunista*). Tenemos que desaprender el uso del revólver. ¿Daremos a las mujeres la oportunidad de ayudarnos? Quizá no bajo la figura del «puerto seguro» (que no está tan lejos de aquella otra dudosa figura del «reposo del guerrero»); sí de la compañera, al mismo tiempo entraña propia y habitante de otro mundo.

(Entraña extraña, si se me permitiera jugar un poco con cosa tan seria).

Pues el misterio de la vida, su transparencia, no tiene que ver con los grandes proyectos ni con los monumentos que desafían los siglos. No tiene que ver con incursiones audaces, memorables hazañas o conquistas cruentas. No tiene nada que ver con imperios ni con revoluciones. Tiene que ver con las rodillas de las mujeres, con sus manos; tiene que ver con los ojos del perro; con la comida que se prepara con amor; con las bicicletas y las lavadoras; con el fluir del agua y el pasear sin rumbo; con lo que se transmite a un hijo, con lo que se dispone para los pájaros; con la palabra que sana lo que hirió otra palabra.

(Casi todas las cosas valiosas de la vida —por no decir todas— quedan del lado de las capacidades, intereses, características, preocupaciones de las mujeres. Quedan del lado del mundo de las mujeres).

No suele ser posible salvar el alma sin perder alguna gran oportunidad. Cuando se sabe esto, como lo sabe Isabel, podemos confiar, porque siempre habrá algo que sobreviva al daño que nos es infligido.

8

No hay sabiduría en lo que podríamos llamar las *culturas de la redención*, que se entregan a la ilusión fatal de que es posible que un día el Bien perfecto venza al Mal absoluto. Frente a ellas, sin alzarse por encima de la estatura humana, las *culturas de la tragedia* saben que bien y mal se hallan íntimamente entrelazados, y que su combate —que recorre cada dimensión importante de la vida— se prolongará siempre sin desembocar más que en desenlaces parciales, precarios, siempre provisionales.

No hace falta despertar al mal: está siempre ahí, con los ojos bien abiertos, enrojecidos de espera. En cambio, el esfuerzo ha de ser casi constante para que el bien no se adormezca. Se encuentra tan cansado, y a veces es tan grato ceder, dejarse caer, poder al fin dormir...

¿Un miliciano muerto podría rescatarnos de la muerte? La historia está por escribir.

9

Concluyo invitándoos a leer sus poemas, tantos poemas que pueden llegar a ser abeja para nuestra fragilidad o llave para nuestro extravío. Por ejemplo, LA TIERRA PROMETIDA, un texto de *Puente levadizo*, libro escrito hacia 1985 y publicado en 1996, también después de diez años de clandestinidad (parece ser una constante en nuestra poeta). Uno de esos poemas donde no falta ni sobra una palabra:

«La reconocerás sin duda por sus praderas sin bruma cuando te quites el sudario del rostro, me anunciaron en un descampado de la frontera.

Miré el silencio, la mentira del sordomudo, el cataclismo del Este. Y vi al paseante del tintero en su arista clavado, el pesebre de piedad oculta que peregrina en el hombre.

No hay jamás cuando se espera, insistieron los inocentes, con la confianza de haber pagado un alto precio.

Contemplé el vidrio de los lechos estremecidos, las máculas residuales de la reyerta, las mitades del mundo en su ramaje de páginas reseca, las lanzas abatidas, la infancia y la vida lejos.

Enseguida se comprende: nadie me devolvería el tiovivo, el relumbre de las tizas y el abecedario. Era tarde: los amantes a mi paso se ocultaban en los rumores del heno».

Ese «pesebre de piedad oculta que peregrina en el hombre» es uno de los secretos que la delicadeza de esta poeta ha sabido hacer comunicable; no lo dejéis, no lo dejemos caer en el olvido.

Galapagar, 28 de abril de 2002

¹ «I'm Nobody; Who are you?/ Are you —Nobody —Too?/ Then there's a pair of us?/ Don't tell! They'd advertise —you know!// How dreary —to be —Somebody!/ How public —like a Frog— / To tell one's name —the livelong June—/ To an admiring Bog!» Poema 86 de los *Cien poemas* recogidos en ed. Bosch, Barcelona 1980, p. 274.

J O R G E R I E C H M A N N